



Universidad
Zaragoza

Trabajo de fin de grado

Mercancías ficticias:

Nancy Fraser, Karl Polanyi y la crítica del capitalismo

Autor/es

Javier Ruiz de Larrinaga Alonso

Director/es

José Luis López de Lizaga

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

2020-2021

Índice

Introducción. Crisis y teoría crítica	2
1. Karl Polanyi. El mercado autorregulado y las mercancías ficticias	3
1. 1. Las mercancías ficticias: trabajo, tierra y dinero, p. 4	
1. 2. El doble movimiento: mercantilización y protección, p. 6	
2. Nancy Fraser. Los “talleres ocultos” del capital	8
2. 1. Marx y Polanyi (I). Las condiciones de posibilidad del capitalismo, p. 9	
2. 2. Marx y Polanyi (II). Las contradicciones del capitalismo, p. 14	
2. 3. La naturaleza del capitalismo y las “luchas en torno a los límites”, p. 18	
3. Propuesta y utilidad política de Karl Polanyi	21
3. 1. Una política “postclasista”, p. 22	
3. 2. Polanyi y el socialismo, p. 25	
3. 3. El cambio histórico, p. 28	
3. 4. La unidad de la sociedad, p. 31	
Conclusión	33
Bibliografía	36

Introducción. Crisis y teoría crítica

Nuestro presente es un tiempo de crisis. El aumento de los fenómenos climáticos extremos nos hace pensar en que las consecuencias del cambio climático no son un problema para las generaciones futuras, sino que ya están aquí. El desencanto con la democracia y el avance de las extremas derechas en Europa y fuera de ella, sumado al creciente protagonismo de países como China, parecen indicar que la unión entre capitalismo y democracia podría no ser eterna. La creciente precariedad laboral está en el origen del deterioro de las condiciones de vida en los países desarrollados. El racismo, el sexismoy la homofobia extremas se convierte en caldo de cultivo y son azuzados por proyectos políticos que ya no ocultan su carácter abiertamente reaccionario. La reciente pandemia de la COVID-19 ha intensificado la tendencia global al incremento de las desigualdades, y en Europa, su final va acompañado por el miedo a la posibilidad de una nueva ola de recortes y liberalización económica.

Vivimos, pues, en un momento de crisis general. Y, sin embargo, no disponemos de una teoría crítica general que explique y relacione sus diferentes manifestaciones. Tal es el diagnóstico de Nancy Fraser: por una parte, tenemos la tradición de la teoría crítica, fundamentalmente el marxismo, que ha tratado de explicar las crisis del capitalismo en términos económicos. Por otra parte, las críticas feministas, antirracistas y ecologistas han analizado los efectos del desarrollo sobre el medio ambiente y el funcionamiento de las estructuras de dominación basadas en la sexualidad, el género y la raza. Sin embargo, la teoría crítica ha permanecido en gran medida ajena a estos desarrollos teóricos, mientras que los movimientos ecologistas, feministas y poscoloniales han descuidado las estructuras de dominación económica en su análisis. Todo ello nos impide tener una visión general de la crisis que relacione todos estos aspectos y que nos de una comprensión global de nuestro presente. El correlato político de esta situación es la atomización de los movimientos de resistencia y la ausencia de un proyecto coherente en la izquierda.

La propuesta de Nancy Fraser es ambiciosa: elaborar una teoría crítica que permita analizar las dimensiones económica, ecológica, política, de género y de raza de la crisis de nuestro tiempo. Esto pasa por aunar las aportaciones de la tradición de la *Kapitalkritik* y del poscolonialismo, el feminismo y el ecologismo, superando la separación entre la teoría crítica y la nueva izquierda. El problema fundamental aquí es que las críticas del capitalismo se han centrado tradicionalmente en el aspecto económico de las crisis. Sin embargo, el capitalismo es más que un sistema económico.

En este punto, dice Fraser, la obra de Karl Polanyi puede servirnos de ayuda. El propósito del presente trabajo es el de valorar las posibilidades que ofrece la crítica de Polanyi a la economía de mercado para el desarrollo de una teoría crítica del capitalismo. Para ello, abordaré la lectura que hace Nancy Fraser de su obra, centrada fundamentalmente en *La gran transformación*, su texto capital. Comenzaré ofreciendo un resumen de las tesis de Polanyi en esta obra, centrada en los conceptos de “mercancías ficticias” y “doble movimiento”. A continuación, veremos los elementos de la caracterización marxista ortodoxa del capitalismo y cómo Fraser extrae de ella sus “condiciones de posibilidad”, una serie de estructuras extraeconómicas que el capitalismo necesita para existir y que son las esferas de la reproducción social, las relaciones con la naturaleza y las instituciones políticas. La combinación de la perspectivas marxista y polanyiana permite a Fraser desarrollar una concepción ampliada del capitalismo que abarca la economía, la política, las relaciones sociales y las relaciones humanas con el medio natural. Esto permite ampliar nuestra noción de las crisis del capitalismo para entenderlas como fenómenos multidimensionales que afectan a todas estas esferas. El problema para Fraser es que Polanyi, si bien ofrece conceptos para abordar estas múltiples dimensiones, lo hace en un marco que podría prestarse a una lectura conservadora. Esto será tratado en el último apartado del trabajo, en el que ampliaremos nuestra perspectiva de la obra de Polanyi para incluir en ella trabajos del autor anteriores y posteriores a *La gran transformación*. Veremos entonces que las cosas son más complicadas de lo que Fraser sostiene, y que lo que podríamos llamar la perspectiva política de Polanyi puede alinearse perfectamente con las actuales propuestas emancipadoras y de democratización de la economía.

1. Karl Polanyi. El mercado autorregulado y las mercancías ficticias

La gran transformación, publicada en 1944, es un análisis del colapso de la civilización europea y el proyecto liberal que, tras un largo periodo de relativa paz y enorme prosperidad material, desembocaron a principios del siglo XX en una espiral de violencia y crisis económica sin precedentes. Para Polanyi, los sucesos del periodo de entreguerras son la consecuencia de dinámicas históricas de larga duración cuyas raíces se remontan al nacimiento de la economía liberal a comienzos del siglo XIX.

1. 1. Las mercancías ficticias: trabajo, tierra y dinero

Para Karl Polanyi, la civilización del siglo XIX descansaba sobre cuatro instituciones¹: el sistema internacional de equilibrio de poder, que aseguraba la paz entre las grandes potencias; el patrón oro como institución reguladora de la moneda; el mercado autorregulado, una organización de la economía que había resultado en un enorme incremento de la producción de riqueza; y el Estado liberal. La institución central del sistema era el mercado autorregulado: el resto de instituciones se derivaban de él o encontraban su función en relación con él. El patrón oro era una extensión del mercado autorregulado a la creación de moneda. El equilibrio de poder descansaba en parte sobre el patrón oro: fueron las altas finanzas las que aseguraron, hasta 1914, que la competencia entre las principales potencias no desembocase en una guerra total. El Estado liberal era la institucionalización y el correlato político del mercado autorregulado. Este último fue la innovación institucional fundamental que habría dado lugar a, en palabras de Polanyi, “una civilización específica” como fue la del siglo XIX. Es por ello que en nuestra explicación nos centraremos en el mercado autorregulado, punto central de las tesis polanyianas.

El mercado autorregulado o sistema de mercado² es un sistema económico en el que la producción y la distribución de los recursos están regidas por operaciones de compraventa en función de los precios del mercado. Los precios, la cantidad de dinero por la que algo se compra o se vende, surgen de las interacciones entre compradores y vendedores. Así definida, una economía de mercado tiene dos requisitos: que todas las transacciones económicas sean transacciones monetarias, y que todos los ingresos deriven de la venta de algo a otros. El rasgo fundamental de la economía de mercado es su funcionamiento autónomo: teóricamente, el mercado funciona a partir de la suma de todas las operaciones de compraventa realizadas en él, y esas operaciones deben ser suficientes para que funcione.

Polanyi ubica el nacimiento de la economía de mercado en la Revolución Industrial británica. El fenómeno fundamental que está en el origen del sistema de mercado es el del maquinismo³, el sistema de producción fabril que empleaba maquinaria especializada. La introducción de máquinas en la producción implicaba una gran inversión: sólo compensaba al fabricante si producía y vendía grandes cantidades de bienes. Y para la producción a gran escala era

1 Polanyi, Karl, *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 49.

2 Ver *ibid.*, pp. 118-119.

3 Sobre el maquinismo, ver *ibid.*, pp. 89-90 y también pp. 124-126.

necesaria la disponibilidad a gran escala de materias primas y otros factores de producción. El sistema de mercado fue la solución: fue la manera de asegurar la oferta de bienes y factores de producción que el sistema industrial necesitaba para su funcionamiento. Esto implicaba que cada elemento necesario para la producción se convirtiese en una mercancía con sus propios mercados creadores de precios. Los mercados aislados que habían existido antes de la Revolución Industrial se convirtieron en un mecanismo que crecería hasta convertirse en un sistema global. Sin embargo, el mercado autorregulado, lejos de ser una simple forma de organización de la economía entre otras, implicaba una profunda transformación de la sociedad, cuya clave está en lo que Polanyi llama “mercancías ficticias”.

El trabajo, la tierra y el dinero son elementos fundamentales de la economía. Para asegurar su disponibilidad para la producción en el nuevo sistema de mercado, debían ser tratados como mercancías, es decir, como “objetos producidos para su venta en el mercado”⁴. Su asignación a la producción pasaba entonces a estar sujeta a las fluctuaciones de los precios del mercado: el precio del trabajo es llamado salario, el de la tierra renta y el del dinero interés. Cada una de estas mercancías pasó a tener su propio mercado, y el elemento determinante de su asignación a la producción fueron los precios generados en ese mercado. Pero el problema es que ni el trabajo, ni la tierra ni el dinero son realmente mercancías, pues no han sido producidas para su venta. El trabajo es una capacidad que no puede separarse de la propia vida humana, la tierra no es otra cosa que la naturaleza, y el dinero es el símbolo del poder de compra⁵. Es por ello que Polanyi llama al trabajo, la tierra y el dinero mercancías ficticias: su tratamiento como mercancías es una ficción necesaria para el funcionamiento del mercado.

La cuestión es que la mercantilización del trabajo, la tierra y el dinero convierte al mercado autorregulado en un sistema terriblemente destructivo. En palabras de Polanyi, “si se permitiera que el mecanismo del mercado fuese el único director del destino de los seres humanos y de su entorno natural, incluso de la cantidad y el uso del poder de compra, se demolería la sociedad”⁶. El uso o inactividad de la supuesta mercancía que es la fuerza de trabajo no puede dejar de afectar al

4 Polanyi, K., *op. cit.*, p. 122. Volveremos sobre esta definición de mercancía más adelante, ya que es importante para la interpretación que hace Fraser de *La gran transformación*. Para las mercancías ficticias, ver *ibid.*, “El mercado autorregulado y las mercancías ficticias: mano de obra, tierra y dinero”, pp. 118-127.

5 Detrás de esta idea del dinero como símbolo del poder de compra hay una teoría sobre el valor del dinero. Básicamente, para Polanyi el dinero tiene valor en tanto que este es reconocido por los actores económicos (de ahí su carácter de convención social, señalado por Fraser). Para su funcionamiento, por lo tanto, no sería necesaria su correspondencia con una mercancía, como es el caso del oro en el sistema de libre mercado de finales del XIX. Para la crítica de Polanyi a lo que él llama el dinero-mercancía, ver *ibid.*, pp. 252-254.

6 *Ibid.*, pp. 123.

individuo que es su portador: si la fuerza de trabajo no encuentra comprador, su poseedor se ve privado del salario que necesita para sobrevivir. A merced del sistema de mercado, la naturaleza quedaría reducida a simple fuente de recursos y sumidero de residuos, cuando en realidad se trata del hábitat mismo del ser humano. Los ciclos de abundancia y escasez de dinero destruirían las empresas, comprometiendo el proceso mismo de producción. Estas serían las consecuencias del tratamiento de estos elementos de la producción como mercancías. Y, sin embargo, para que el mercado funcione, no deben existir interferencias en su mecanismo de autorregulación, es decir, en el sistema de formación de precios a través de la oferta y la demanda. Porque este es otro de los requisitos fundamentales de una economía de mercado: la separación de la sociedad en una esfera económica y otra política, o la separación de las funciones económica y política de la sociedad. Esta separación es, según Polanyi, una anomalía histórica: ninguna sociedad anterior a la revolución industrial había dejado la economía a merced de un mecanismo autónomo. Es por ello que el mercado autorregulado es la institución que define la sociedad liberal del siglo XIX y que está en el origen de su colapso.

1. 2. *El doble movimiento: mercantilización y protección*

Nuestra tesis es que la idea de un mercado autorregulado implicaba una utopía total. Tal institución no podría existir durante largo tiempo sin aniquilar la sustancia humana y natural de la sociedad [...]. Inevitablemente, la sociedad tomó medidas para protegerse, pero todas esas medidas afectaban la autorregulación del mercado, desorganizaban la vida industrial, y así ponían en peligro a la sociedad en otro sentido⁷.

Para Polanyi, la dinámica del siglo XIX es la de un doble movimiento: por un lado, el empuje de las fuerzas mercantilizadoras del libre mercado, y por otro, la reacción de las sociedades para erigir barreras que les permitieran protegerse de sus consecuencias destructivas, el movimiento de “autoprotección” de la sociedad⁸, que desestabilizaba los mecanismos del mercado. La mercantilización dejaba a los seres humanos, a la tierra y al uso del dinero a merced del funcionamiento de una economía cuyo motor fundamental era el beneficio privado. La motivación que debía empujar a los individuos a trabajar, por otra parte, debía ser el hambre o la amenaza de la escasez⁹. Beneficio privado y escasez eran pues los dos impulsos que aseguraban el automatismo de la economía de mercado. Es por esto que la organización del sistema económico en mercados autorregulados implicaba una profunda transformación de las sociedades. Y es que la separación

7 Polanyi, K., *op. cit.*, p. 49.

8 *Ibid.*, p. 127.

9 Sobre el papel del hambre y la amenaza de la escasez en el funcionamiento del mercado autorregulado, ver *ibid.*, pp. 166-171.

institucional de economía y política implicaba, desde el momento en que el mercado autorregulado requería la mercantilización del trabajo, la tierra y el dinero, nada menos que el sometimiento de la totalidad de la sociedad a los imperativos de la nueva economía. En otras palabras: una economía de mercado necesita una sociedad de mercado.

En respuesta a la amenaza, las sociedades del siglo XIX comenzaron a erigir instituciones que protegiesen la sociedad y la naturaleza del avance del mercado. Es el “giro protecciónista” o movimiento de autoprotección de la sociedad, que se plasmó en todo tipo de ámbitos: desde medidas de control de la polución en las ciudades y de higiene de los centros de trabajo, pasando por las luchas sindicales por el mejoramiento de las condiciones laborales, hasta las leyes que establecían, por ejemplo, el control de seguridad de cables y anclas¹⁰. En este proceso, el Estado fue un agente fundamental en la extensión de la protección social. La respuesta de los liberales fue aludir a la existencia de una “conspiración colectivista” que habría unido a políticos, sindicatos y grandes terratenientes contra la expansión de una economía libre que, a la larga y sin intervenciones políticas, hubiera compensado los desequilibrios que producía con una inmensa prosperidad material¹¹, proceso que habría sido bloqueado por el protecciónismo. Sin embargo, dice Polanyi, ocurrió justamente al contrario:

Es cierto que, una vez establecido aproximadamente [el mercado autorregulado], se requiere menos intervención de cierto tipo. Pero esto dista mucho de significar que el sistema de mercado y la intervención sean términos mutuamente excluyentes. Mientras no se establezca ese sistema, los liberales económicos deberán pedir la intervención del Estado a fin de establecerlo, y a fin de mantenerlo una vez establecido, y lo harán sin vacilar [...]. Así pues, la acusación de intervencionismo formulada por los liberales es un lema vacío¹².

Si los adalides del mercado autorregulado presentan este como el producto de una evolución espontánea que expresaba una inclinación natural del ser humano al intercambio, la realidad es que el libre mercado fue un proyecto político consciente impulsado por el Estado¹³, desde los cercamientos de tierras en la Inglaterra de los siglos XVI al XVIII hasta la eliminación del sistema de subsidios al trabajador (la ley de *Speenhamland*) que impedía la creación de un mercado libre de

10 Polanyi, K., *op. cit.*, p. 211.

11 *Ibid.*, pp. 199-205.

12 *Ibid.*, p. 205.

13 De hecho, la crítica básica de Polanyi al mercado autorregulado no es tanto una crítica de sus consecuencias o su legitimidad como de su imposibilidad. El mercado autorregulado es, en efecto, una utopía, y su realización plena es imposible en tanto que destruiría a la sociedad. Ver Rendueles, César, “Introducción. Karl Polanyi. Más allá de la mentalidad de mercado”, en Polanyi, K., *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*, Madrid, Capitán Swing, 2014, p. 8.

fuerza de trabajo, en 1832 y también en Inglaterra. El giro protecciónista, en cambio, fue espontáneo: las medidas de protección surgieron en países y contextos muy diferentes, fueron promovidas por distintos actores sociales y afectaron a una gran variedad de asuntos. No fueron, por lo tanto, el resultado de un plan preconcebido, sino que respondieron a la necesidad, aparecida en todas partes y de diversas formas, de proteger a las sociedades de la inestabilidad introducida por la nueva economía.

Llegamos ahora a la última parte de la explicación de Polanyi. Las crecientes tensiones económicas y políticas de finales del siglo XIX y principios del XX provocadas por el conflicto entre mercantilización y protección están detrás de los acontecimientos cataclísmicos que provocaron el hundimiento de las sociedades liberales. El libre comercio volvía a los países vulnerables a las fluctuaciones del mercado en la esfera internacional, al tiempo que los privaba de los medios para protegerse de ellas. El protecciónismo estatal agudizó la tendencia a la formación de bloques antagónicos que tensionó las relaciones internacionales hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. En el periodo de entreguerras, la movilización de las masas y la democracia parlamentaria permitieron a las organizaciones políticas de la clase obrera emplear el aparato del Estado para protegerse del mercado autorregulado. En respuesta, las clases propietarias y mercantiles emplearon su poder económico en un ataque a la democracia, vista como una amenaza para la economía. La separación institucional entre economía y política se convirtió en un conflicto abierto entre la democracia y la economía. Es en este contexto donde se abrió paso la solución fascista, como “una reforma de la economía de mercado lograda al precio de la extirpación de todas las instituciones democráticas”¹⁴. El crack de 1929 fue otra manifestación de esta crisis de larga duración que aún habría de llevar a Europa a una segunda confrontación mundial en 1939.

2. Nancy Fraser. Los “talleres ocultos” del capital

Hasta aquí nuestro resumen de las tesis de *La gran transformación*. Ahora veremos cómo la crítica de Polanyi al mercado autorregulado puede sernos útil para desarrollar una teoría crítica en la actualidad, y cuál es la propuesta de Nancy Fraser. Una idea básica que nos permitirá entenderla es que Fraser busca en Polanyi una vía para superar las limitaciones de la teoría marxista en su análisis del capitalismo. Tales limitaciones pueden resumirse en el economicismo, que aquí definiremos

14 Polanyi, K., *La gran transformación*, op. cit., p. 297.

como la consideración del capitalismo únicamente como un sistema económico. Este enfoque es problemático a la hora de abordar ciertas contradicciones de la sociedad capitalista que no parecen explicables en términos meramente económicos.

2. 1. Marx y Polanyi (I). Las condiciones de posibilidad del capitalismo

Comenzaremos nuestra exposición señalando cuáles serían los rasgos fundamentales del capitalismo según el marxismo más ortodoxo, tal y como los recoge Nancy Fraser, para a continuación ampliar esta visión dejando espacio a otras dimensiones del análisis. Veremos cómo Marx descubre, detrás del ámbito del intercambio capitalista, la existencia de relaciones de explotación en la esfera de la producción. La plusvalía obtenida de la explotación del trabajo asalariado es la fuente del beneficio capitalista, lo que evidencia que el intercambio en el mercado no se entiende sin estas relaciones de explotación. Pero esta misma operación puede llevarse más allá para revelar las condiciones de posibilidad de la propia producción capitalista. El concepto marxiano de acumulación originaria revela la existencia de procesos de acumulación basados no en la explotación de fuerza de trabajo jurídicamente libre, sino en la expropiación y el robo directos de riqueza y capacidad de trabajo. Siguiendo esta línea, encontraremos otros tres giros implícitos pero no desarrollados en la obra de Marx, que nos llevarán a la naturaleza, al trabajo reproductivo y a las instituciones políticas. Estos tres ámbitos son las condiciones de posibilidad del capitalismo, entendiendo por condiciones de posibilidad una serie de dinámicas extraeconómicas necesarias para el funcionamiento de la economía capitalista pero separadas institucionalmente de esta.

Si acudimos a la explicación marxista ortodoxa¹⁵, el capitalismo se nos presenta en ella como un sistema económico basado en la propiedad privada de los medios de producción, institución que divide la sociedad en propietarios y productores. Los productores son jurídicamente libres, pero están privados del control sobre sus medios de subsistencia, por lo que se ven obligados a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario para poder vivir. Por esto, el segundo elemento fundamental del capitalismo es el mercado de trabajo en el que la mano de obra encuentra compradores-empleadores. El tercer rasgo de la economía capitalista es su tendencia sistemática a la

15 Para esta caracterización marxista ortodoxa del capitalismo, ver Fraser, Nancy, *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020, pp. 17-20. Evidentemente, a estos cuatro rasgos que vamos a ver (propiedad privada, mercado de fuerza de trabajo, tendencia a la acumulación y mercados) habría que sumar la explotación de la fuerza de trabajo asalariada y la plusvalía, que estaría en la base de la dinámica de acumulación del capital. Veremos cómo aparece más tarde en la explicación de Fraser, cuando aborde las “condiciones de posibilidad” del capitalismo. Para la argumentación de Fraser recogida en este apartado de mi trabajo, ver *ibid.*, “Tras la morada oculta de Marx. Por una concepción ampliada del capitalismo”, pp. 15-32.

acumulación, en virtud de la cual el comportamiento económico de los propietarios capitalistas está orientado a expandir ilimitadamente su capital. Este comportamiento es complementario, como vimos, de la compulsión económica que mueve a los trabajadores a vender su fuerza de trabajo bajo la amenaza de la escasez o el hambre.

Por último, los mercados son otro elemento definitorio del capitalismo. Los mercados han existido a lo largo de toda la historia humana, pero en la sociedad capitalista asumen un papel central en la organización de la economía, centralidad que viene dada por dos funciones. La primera consiste en asignar los principales insumos a la producción de mercancías. Tales insumos no son otros que el trabajo, la tierra y el capital, las mercancías ficticias de Polanyi. Esto quiere decir que el empleo o no de estos tres elementos en la producción depende de la existencia de compradores y de los precios del mercado. El segundo papel que cumplen los mercados en la sociedad capitalista es el de determinar de qué modo se empleará el excedente producido por la sociedad. El excedente puede definirse como aquella parte de la producción y, más generalmente, de las capacidades de una sociedad, que exceden a las necesarias para su mera reproducción¹⁶. El modo en el que una sociedad usa su excedente es una cuestión central relacionada con las formas en que esta invierte su trabajo, su riqueza y su tiempo, y con el modo en que sus miembros se relacionan entre ellos y con su medio. Las sociedades capitalistas entregan estas decisiones a los mercados.

Llegados a este punto, podemos señalar algunos puntos de encuentro entre Marx y Polanyi¹⁷, así como una primera diferencia que nos servirá para continuar con nuestra exposición. Vemos que en la explicación marxista del capitalismo los mercados asumen, como en *La gran transformación*, un papel fundamental en la organización de la economía, concretamente de la producción. Marx señala, como Polanyi, la peculiaridad histórica que suponen los mercados de fuerza de trabajo como medio de asignación del trabajo a la producción. *El capital* describe al trabajador como doblemente libre: libre jurídicamente y libre, en tanto que separado, del acceso a los medios de producción necesarios para su subsistencia. Esta doble libertad, fundamental para la constitución de un mercado de fuerza de trabajo, contrasta con la situación del siervo medieval, que no era jurídicamente libre pero que, al estar vinculado a la tierra que trabajaba, disponía de cierto control sobre sus medios de subsistencia. La situación de las clases trabajadoras bajo el capitalismo es, de hecho, el resultado de

16 Fraser, N., *Los talleres ocultos...*, op. cit., p. 18: “Por excedente Marx entendía el fondo colectivo de energías sociales que exceden a las necesarias para reproducir una forma de vida dada y para reabastecer lo que se usa en el transcurso de esa vida”.

17 La propuesta de Fraser es en gran medida una combinación y puesta en discusión de las teorías de Karl Marx y Karl Polanyi, que también se discutirán aquí. Ver Fraser, N., “Mejor dos Karls que uno. Sobre la integración de Polanyi y Marx para construir una teoría crítica de la crisis actual”, en *Los talleres ocultos...*, op. cit., pp. 55-69.

la disolución de ese mundo social previo en el que el trabajo y la tierra no se encontraban organizadas por una institución específicamente económica como son los mercados. Tanto Marx en *El Capital* como Polanyi en *La gran transformación* describen la disolución de ese mundo¹⁸, un proceso fundamental en el nacimiento del capitalismo.

Sin embargo, para Marx el mercado no es el elemento fundamental de la organización del capitalismo. El núcleo de la economía capitalista no está en la esfera del intercambio, sino en la de la producción, en la explotación de la fuerza de trabajo asalariada y en la plusvalía como fuente del beneficio del capitalista¹⁹. Por el contrario, para Polanyi la clave del funcionamiento del capitalismo está en el intercambio, en el sentido de que su elemento determinante es el papel que juegan los mercados como institución de organización de la economía y, fundamentalmente, en la mercantilización del trabajo, la tierra y el dinero. De hecho, Polanyi apenas usa el concepto de capitalismo en *La gran transformación*, empleando en su lugar los términos de mercado autorregulado o sistema de mercado. En cualquier caso, vamos a seguir ahora con la explicación de Nancy Fraser a partir de nuestra caracterización del capitalismo según el marxismo ortodoxo. El argumento básico de Marx es el siguiente: si nos atenemos a lo que el discurso liberal nos dice sobre el capitalismo, este consiste en un sistema de intercambio entre individuos libres. Pero detrás de esta apariencia armoniosa de una economía que se regula por sí sola a partir de la iniciativa individual, nos topamos con un secreto menos agradable, la explotación de la fuerza de trabajo en el proceso de producción de mercancías. Y aún detrás de la explotación de la fuerza de trabajo encontramos una realidad todavía más oscura: la acumulación originaria, el proceso de desposesión y robo descarado que está en el origen mismo del sistema capitalista. Este proceso de expolio, que Nancy Fraser llama expropiación y entre cuyas manifestaciones se encuentran los cercamientos de tierras entre los siglos XVI y XVIII, está en el origen del proceso de desarraigo de las comunidades tradicionales que dio lugar a individuos privados de sus medios de subsistencia y obligados a vender su fuerza de trabajo: los trabajadores “dblemente libres” del capitalismo.

Estos son, en palabras de Fraser, los dos “giros epistémicos” fundamentales en Marx: del mercado a la producción y de la producción a la desposesión. Se trata de giros epistémicos porque suponen un cambio en el punto de vista del análisis del capitalismo, al partir de su apariencia más superficial para descubrir sus mecanismos menos evidentes pero más fundamentales. Así, las

18 Marx, Karl, *El Capital*, Madrid, Akal, 2007, *Libro I-Tomo III*, “La llamada acumulación originaria”, pp. 197-259, y Polanyi, K., *La gran transformación*, op. cit., “Habitación contra mejoramiento”, en pp. 81-90.

19 Marx, K., op. cit., *Libro I-Tomo I*, “Compra y venta de la fuerza de trabajo”, pp. 224-237. Es por esta razón que Marx, al explicar la centralidad de los mercados en el capitalismo, se ocupa sobre todo en el mercado de mano de obra. Desde la perspectiva de Polanyi, estaría centrando su atención en una de las mercancías ficticias, el trabajo.

dinámicas de explotación de la fuerza de trabajo en la producción están en la base del intercambio capitalista, que no podría existir sin ellas. Desde esta perspectiva, el capitalismo ya no se nos aparece como un conjunto de relaciones entre individuos libres. Por otra parte, la expropiación no es simplemente un proceso que dio origen al capitalismo en sus inicios: el capitalismo ha combinado desde siempre la explotación de la mano de obra libre con la expropiación de recursos y fuerza de trabajo. La expropiación puede definirse como una forma de acumulación no mediada por el contrato (como sí lo es la explotación) y basada en la confiscación directa. Pues bien: como señala Fraser, el capitalismo ha institucionalizado históricamente una división entre explotación y expropiación mediatizada por la raza. Los sujetos de la expropiación han sido tradicionalmente las poblaciones no blancas de ultramar, lo que revela el nexo histórico entre el capitalismo y el racismo²⁰. Así por ejemplo, la esclavitud americana, que abasteció con algodón el enorme crecimiento de la industria textil inglesa, está en los orígenes de la Revolución Industrial. A partir de aquí, podemos enlazar la crítica de la economía política con las críticas antirracistas y poscoloniales.

Sin embargo, en Marx hay otros giros epistémicos implícitos que permiten ampliar todavía más nuestra comprensión del capitalismo. Uno de ellos es el giro de la producción a la reproducción social: el proceso capitalista de producción presupone toda una esfera de actividades, para las que Nancy Fraser emplea los términos de “subjetivación”, “trabajo afectivo” y “cuidado”, que forman los sujetos humanos del capitalismo, tanto como productores como en su sentido más amplio de seres sociales. Se trata de la esfera de socialización, formación de comunidades y producción y transmisión de costumbres y valores compartidos. Los lugares de estas actividades son los barrios, las familias e instituciones públicas como los colegios. El trabajo remunerado, aquél que describió Marx en términos de explotación, no sería posible sin estos procesos de socialización y producción de subjetividades. Fraser señala que el capitalismo tiende a socavar estos procesos, yendo más allá de las capacidades de reproducción y de producción de vínculos sociales de las comunidades en las que se asienta²¹. Por otra parte, la distinción entre producción y reproducción social es profundamente sexista. El trabajo productivo remunerado ha sido asignado históricamente a los hombres, mientras que el trabajo reproductivo no remunerado ha sido cosa de las mujeres. Esta

20 Para el concepto de expropiación, su conexión con la raza y su evolución histórica, ver Fraser, N., *Los talleres ocultos...*, op. cit., “¿Es el capitalismo necesariamente racista?”, pp. 93-115.

21 *Ibid.*, p. 74: aquí Fraser señala que toda formación social capitalista alberga “una [...] «tendencia a la crisis» socioreproductiva: por una parte, la reproducción social es una de las condiciones que posibilitan la acumulación social de capital; por otra, la orientación del capitalismo a la acumulación ilimitada tiende a desestabilizar los procesos mismos de reproducción social sobre los cuales se asienta”.

división es el fundamento de la subordinación de la mujer en el sistema capitalista. Se abre así una puerta que permite incorporar las críticas feministas a una teoría crítica general del capitalismo²².

Pero en Marx hay todavía otros dos giros implícitos que nos llevan más allá de la economía capitalista. El primero se refiere a la división estructural entre la naturaleza y economía, o entre naturaleza y sociedad: “el imperativo institucionalizado del capitalismo en pro de la acumulación ilimitada se combina con su construcción de «la naturaleza» como «lo otro de la humanidad» para asegurar la instrumentalización y la canibalización de esta última en formas que podrían acabar poniendo en peligro la primera”²³. Se trata de una división entre una naturaleza humana espiritual, productiva e histórica, y una naturaleza no humana entendida como material y ahistorical: la naturaleza queda reducida a mera fuente de materias primas y sumidero de residuos, mientras que la economía es concebida como el ámbito de la producción de todo valor. Esta conceptualización de las relaciones entre economía y naturaleza nos permite integrar las críticas ecosocialistas a la depredación del medio natural por el capitalismo.

El último giro epistémico que es posible desarrollar a partir de la obra de Marx es el que nos lleva de la economía a la política. Más arriba vimos cómo la propiedad privada era uno de los pilares del capitalismo como institución fundamental de la división social entre productores y propietarios. Pues bien, como orden jurídico, la propiedad privada no se entiende sin su sanción por parte del Estado. El capitalismo no podría existir sin un marco político–legal que asegurase sus normas constitutivas, como la ya mencionada propiedad privada o la validez y el cumplimiento de los contratos. Tampoco podría existir sin fuerzas represivas que protegiesen la propiedad y mantuviesen el orden público. Lo que nos lleva a otra de las divisiones estructurales del capitalismo, que ya hemos visto aparecer con Polanyi: la existente entre una esfera económica y otra política. Esta división alberga también una contradicción: en palabras de Nancy Fraser, “el capitalismo separa «lo económico» de «lo político», aun cuando también se aprovecha de este último ámbito [...]; al vaciar periódicamente los poderes públicos que aseguran la posibilidad de la apropiación privada del plusvalor, interrumpe u obstruye dicha apropiación”²⁴. Pero la topografía política del capitalismo estructura aún otras dos divisiones: la “westfaliana”, que establece la

22 Sobre la división entre trabajo productivo y reproductivo y su evolución histórica, ver Fraser, N., *Los talleres ocultos...*, op. cit., “Las contradicciones del capital y de los cuidados”, pp. 73-91. Fraser señala que su concepto de reproducción es más amplio que el de la mayoría de las críticas feministas del capitalismo, centradas únicamente en la reproducción de la fuerza de trabajo. La reproducción abarcaría para ella la totalidad de procesos de socialización que crean los sujetos humanos de la sociedad capitalista. Ver Fraser, Nancy, y Jaeggi, Rahel, *Capitalismo. Una conversación desde la Teoría Crítica*, Madrid, Ediciones Morata, 2018, pp. 35-41.

23 Fraser, N., *Los talleres ocultos...*, op. cit., p. 61.

24 *Ibid.*, p. 61.

separación entre el plano nacional e internacional²⁵, y la imperialista, que divide el globo entre centro y periferia²⁶. La división de centro y periferia marca también el ámbito de las dinámicas de la expropiación, ejercidas fundamentalmente en la periferia capitalista. Este sería, por otra parte, otro de los nexos entre capitalismo y racismo: recordemos que la expropiación, como mecanismo de extracción de valor no basado en el contrato y carente de derechos, históricamente ha sido asignado a las poblaciones no blancas.

2. 2. Marx y Polanyi (II). Las contradicciones del capitalismo

Hasta aquí hemos visto cómo Fraser continuaba los giros epistémicos de Marx para revelar, detrás del intercambio y la producción de mercancías, los espacios de la reproducción social, la política y las relaciones del capital con la naturaleza, las condiciones de posibilidad de la economía capitalista. Queda caracterizar las divisiones entre estas esferas y la estructura de sus relaciones. Para ello, tenemos que volver sobre Polanyi y su tesis de las mercancías ficticias. Porque la virtud de *La gran transformación* es que, en su descripción del hundimiento de la civilización europea del siglo XIX, este no es considerado resultado tanto de un colapso económico sino de un proceso de destrucción de comunidades, ecosistemas y modos de vida provocado por la mercantilización. La perspectiva polanyiana nos permitiría superar el economicismo de la explicación marxista e integrar de este modo otras dimensiones de la crisis en lo que podemos llamar una concepción ampliada del capitalismo²⁷.

La tesis de la mercantilización ficticia es el núcleo de la interpretación que Nancy Fraser hace de la obra de Polanyi. Lo fundamental de su argumento es que al señalar el trabajo, la tierra y el dinero como elementos no mercantilizables o como elementos cuya conversión en mercancías es contradictoria y problemática, Polanyi apuntó a cómo las crisis del sistema capitalista no eran únicamente de naturaleza económica. Las contradicciones fundamentales del capitalismo no serían económicas, sino contradicciones entre el sistema económico y la sociedad, producidas por el choque entre la lógica del mercado autorregulado y otras esferas (las condiciones de posibilidad del

25 Llamada “westfaliana” porque la distinción entre los ámbitos internacional-exterior y nacional-interior encontró su sanción por primera vez en los tratados de Osnabrück y Münster de 1648, que reciben el nombre de “Paz de Westfalia”. La Paz de Westfalia, por otra parte, también está en el origen del sistema de equilibrio de poder que, recordemos, era para Polanyi uno de los pilares de la civilización del siglo XIX.

26 Sobre la división entre economía y política en el capitalismo, ver Fraser, N., *Los talleres ocultos...*, op. cit., “La crisis de la democracia como crisis capitalista. Sobre las contradicciones políticas del capitalismo financiarizado”, pp. 117-134; y Fraser, N., y Jaeggi, R., op. cit., pp. 44-46.

27 Para el argumento de este apartado, me baso fundamentalmente en Fraser, N., *Los talleres ocultos...*, op. cit., “¿Puede ser la sociedad un puro conjunto de mercancías? Reflexiones pospolanyianas sobre la crisis capitalista”, pp. 33-53.

capitalismo en Nancy Fraser y las mercancías ficticias en Polanyi) no reductibles a esta. De este modo, Polanyi identificó la naturaleza, el trabajo y el dinero como nodos centrales de las crisis²⁸. Pero al señalar el doble movimiento como la dinámica de las sociedades de libre mercado, Polanyi hizo algo más: también abrió el abanico de las luchas sociales. Si la tradición marxista ha tendido a limitar estas a la lucha de clases, el concepto de autoprotección de la sociedad del que hablábamos al presentar las tesis de *La gran transformación* permite identificar otras formas de lucha social resultado de la tendencia del capitalismo a las crisis.

No obstante, la noción polanyiana de las mercancías ficticias también es problemática. Ya hemos visto que Polanyi definía las mercancías como aquellos objetos producidos para su venta en el mercado. Ni el trabajo ni la tierra son producidas, y el dinero es una convención social, el símbolo del poder de compra. Por lo tanto, la mercantilización de estos elementos no puede ser más que una ficción: ninguno se comporta verdaderamente como una mercancía. Nancy Fraser llama a esto la “explicación ontológica” de las mercancías ficticias. El problema es que esta explicación es, en sus propias palabras, “esencialista, ahistorical e insensible a la dominación”²⁹. Es esencialista porque apela a una condición original, la de la producción para la venta, entendida también como una característica ontológica constitutiva de toda mercancía, para a continuación postular que la mercantilización de trabajo, tierra y dinero, al no ser este su origen ni poseer esta característica, violaría su naturaleza intrínseca. Es ahistorical porque al aludir a esta naturaleza intrínseca del trabajo, la tierra y el dinero³⁰, encubre su historicidad, el carácter histórico de la relación del ser humano con estos tres elementos.

Y, por último, la interpretación ontológica de las mercancías ficticias es insensible a la dominación. Esto último apunta a una dimensión fundamental de la interpretación que hace Fraser de la obra de Polanyi, la que tiene que ver con lo que podríamos llamar sus usos políticos (y que más adelante discutiremos más ampliamente). En palabras de Fraser:

28 Las tres condiciones de posibilidad de la economía capitalista que Fraser extrae de Marx (reproducción, naturaleza y política) no coinciden exactamente con las mercancías ficticias de Polanyi (trabajo, tierra y dinero). En Polanyi, el trabajo sí que remite a sus condiciones de reproducción social. La tierra es también la naturaleza. El dinero y la política no coinciden. Pero Polanyi explica cómo la institucionalización del patrón oro fue la extensión del mercado autorregulado a la administración del dinero: fue el mecanismo para dejar esta fuera de los mecanismos de decisión política. Además, Polanyi mismo describe el mercado autorregulado como resultado de una intervención política: la consideración de la política como condición de posibilidad de la economía capitalista es, creo, compatible con su perspectiva, y también su relación con el dinero, en tanto que este es uno de los elementos fundamentales de movilización del excedente social, y que el libre mercado tiende a separar de las decisiones políticas.

29 Fraser, N., *Los talleres ocultos...*, op. cit., p. 40.

30 Aunque esta naturaleza intrínseca es considerada negativamente: se trata de su carácter de no-mercancías.

La interpretación ontológica orienta abrumadoramente la crítica de la mercantilización a sus efectos desintegradores de las comunidades sociales [...]. Al ignorar la jerarquía y la exclusión, se presta a un proyecto defensivo: proteger de la mercantilización las construcciones vigentes del trabajo, la tierra y el dinero, junto con la dominación inherente en ellas [...]. Dicho todo esto, la interpretación ontológica contrae la crítica de la crisis a un impulso defensivo y conservador³¹.

Es decir, que al tomar partido por la protección frente a la mercantilización, y al centrar su crítica en los efectos destructores de esta, Polanyi parece olvidar, en primer lugar, que las instituciones sociales no mercantiles que organizan el trabajo, la tierra y el dinero pueden encubrir estructuras jerárquicas de dominación. Y en segundo lugar, también parece pasar por alto que la mercantilización, al erosionar estas estructuras, puede tener por ello efectos emancipadores. Marx sí que fue consciente de este hecho, que puede ejemplificarse con el caso de la situación de la mujer en la sociedad capitalista: la mercantilización del trabajo de las mujeres, esto es, su acceso al mercado de trabajo, disolvía sus ataduras con la familia, configurada como una institución social de protección (perteneciente a lo que hemos señalado antes como esfera de subjetivación, trabajo afectivo o cuidados), pero que se asentaba sobre relaciones jerárquicas de género³². Al limitarse a señalar los efectos destructivos de la mercantilización sobre los lazos sociales existentes, Polanyi implícitamente otorgaría a estos lazos un valor que hay que preservar independientemente de su contenido.

Por lo tanto, el peligro de la interpretación ontológica de las mercancías ficticias y la apuesta por la protección social que parece estar implícita en ella es que pueden reducir la crítica del capitalismo a un movimiento defensivo, que se limite a tratar de contener los impulsos expansivos del mercado autorregulado encubriendo injusticias de otro tipo. Por ello, en lugar de la interpretación ontológica, Fraser propone una “interpretación estructural” de la mercantilización ficticia. Para entender esta interpretación, recordemos que la economía capitalista requiere para su existencia un trasfondo de relaciones no mercantilizadas, que son la reproducción, la política y las relaciones con la naturaleza. El segundo requisito es la separación institucional de estas esferas respecto del sistema económico. La interpretación estructural implica considerar estas esferas (y también la economía) como estructuras, que pueden definirse como “constricciones a la acción individual” o “marcos normativos que incrementan la probabilidad de una acción”³³. Es decir, que

31 Fraser, N., *Los talleres ocultos...*, op. cit., pp. 40-41.

32 Un caso similar es el de la emancipación de los esclavos, que no fue otra cosa que su incorporación al mercado de trabajo.

33 Tomo esta definición de Rendueles, C., *En bruto. Una reivindicación del materialismo histórico*, Madrid, Los libros de la catarata, 2016, p. 60.

cada una de estas esferas (economía, sociedad, naturaleza y política) puede entenderse como un conjunto de instituciones y normas que determinan ciertos comportamientos. La idea de los marcos normativos nos permite caracterizar el comportamiento de los agentes sociales bajo estas estructuras: así, por ejemplo, el marco normativo del sistema económico capitalista se basaría en la ganancia como motivación individual, plasmada en el intercambio como acción característica. El ámbito de los cuidados, por otro lado, estaría regido por normas y valores diferentes de los del beneficio individual y el intercambio. Lo mismo ocurriría con la política y con las relaciones con la naturaleza. Las normas y acciones características de cada ámbito no serían extrapolables a otros: por ejemplo, las prácticas de compraventa que rigen las acciones en la esfera económica no podrían aplicarse a la práctica del voto en las democracias representativas ni a las solidaridades que se crean en el ámbito de la reproducción social.

De esta manera podemos caracterizar con más precisión las crisis del capitalismo: lo fundamental es que la reproducción, las relaciones con la naturaleza y las instituciones políticas se organizan en marcos normativos que no son los del mercado y el sistema económico. Las tensiones y crisis aparecen cuando estos marcos normativos chocan. Y, precisamente, el problema es que las exigencias de acumulación del capital tienden a invadir las otras esferas, como ya vimos en el apartado anterior: la economía capitalista depende de la separación institucional entre la economía, la naturaleza, la reproducción y la política, puesto que extrae valor de estos ámbitos. Y sin embargo, este valor es negado, en tanto que son constituidos como ámbitos no económicos³⁴. Así, el capitalismo da por sentada la disponibilidad infinita de la naturaleza, la reproducción social y las instituciones políticas, despreocupándose de reponerlas. Es por esto que tiende a socavar las capacidades de creación de vínculos sociales y subjetivación de las comunidades, la capacidad de recuperación de los ecosistemas y la estabilidad de las instituciones políticas. La dinámica no consiste, por lo tanto, en que las lógicas mercantiles invadan unas esferas con una naturaleza intrínseca incompatible con la del sistema económico. Las crisis son conflictos entre distintos marcos normativos. Considerar estas esferas como marcos normativos, además, supone historizarlas: la reproducción, las relaciones con la naturaleza y la política, las condiciones de posibilidad de la economía capitalista, se revelan ellas mismas históricas, y por lo tanto sujetas a cambio e impugnación. Para Fraser, la apuesta de Polanyi por la protección frente a la mercantilización negaba esta posibilidad. La interpretación estructural nos permitiría de este modo salir del esencialismo y ahistoricismo de la definición ontológica de las mercancías ficticias.

34 Ver Fraser, N. y Jaeggi, R., *op. cit.*, pp. 167-169.

Marx identificó una contradicción fundamental del capitalismo expresada en la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia³⁵. Polanyi identificó tres, la ecológica, la social y la financiera. Cada una de ellas permite explicar las distintas vertientes de la crisis. Pero lo fundamental de la explicación de Polanyi es que estas contradicciones no son del sistema económico capitalista –como lo era la ley de la caída de la tasa de ganancia en Marx–, sino contradicciones entre el sistema económico y las condiciones que este necesita para existir. La economía capitalista necesita la naturaleza como fuente de recursos y sumidero de residuos, pero su actividad amenaza la existencia de los procesos naturales que sostienen la vida y proporcionan los insumos materiales para la actividad económica³⁶. También necesita sujetos productores, pero su actividad mercantilizadora erosiona los vínculos sociales responsables de los procesos de subjetivación. En el caso del dinero, el capitalismo pone en peligro la capacidad de realizar intercambios a distancia y de almacenar valor para el futuro. Este sería, pues, el valor de la teoría polanyiana de la mercantilización ficticia, a pesar de sus limitaciones: permite identificar ámbitos no económicos de la crisis y explicar sus dinámicas³⁷.

2. 3. *La naturaleza del capitalismo y las “luchas en torno a los límites”*

A partir de Marx, hemos ampliado la noción de capitalismo, descubriendo, detrás de la esfera de la producción, las dinámicas de expropiación, reproducción, explotación de la naturaleza e institucionalización política de las sociedades capitalistas. Por otra parte, la noción de las mercancías ficticias de Polanyi nos ha permitido caracterizar la multidimensionalidad de las crisis del capitalismo y su mecanismo. La clave es su carácter autocontradicitorio: el capitalismo necesita para existir una serie de ámbitos extraeconómicos (ámbitos cuya lógica institucional es diferente de la económico-mercantil) que son la naturaleza, la esfera de la reproducción y las instituciones políticas públicas, pero la lógica de la acumulación del capital tiende a comprometer el funcionamiento de estas esferas, erosionando sus propias condiciones de posibilidad. Todo esto quiere decir que el capitalismo es más que un sistema económico: se trata de un “orden social

35 Marx, Karl, *op. cit.*, Libro III-Tomo I, pp. 277-304.

36 Por otra parte, pese a las críticas que consideran que Marx fue ajeno a la problemática medioambiental, es posible extraer de sus textos los elementos de una crítica a la depredación ecológica del capitalismo. Ver Bellamy Foster, John, “Marx’s Theory of Metabolic Rift: Classical Foundations for Environmental Sociology”, en *American Journal of Sociology*, vol. 5, n.º 2 (sept. 1999), pp. 366-405. Lo interesante es que Marx planteó el problema en términos de sostenibilidad, de un modo muy similar al de Polanyi y Fraser: la actividad económica capitalista tiende a truncar los procesos naturales que necesita para existir.

37 Esta combinación de Marx y Polanyi permite también a Fraser señalar las deficiencias de las críticas del capitalismo que señalan en él una tendencia a la mercantilización total de todos los aspectos de la vida: la economía capitalista necesita espacios no organizados según la lógica mercantil como son la reproducción, la naturaleza y la política. Ver Fraser, N., *Los talleres ocultos...*, *op. cit.*, pp. 19-20; y Fraser, N. y Jaeggi, R., *op. cit.*, p. 25.

institucionalizado”³⁸. Esta definición hace hincapié en las divisiones institucionales que estructuran el capitalismo: entre producción y reproducción, entre mundo humano y mundo natural y entre economía y política. Esto quiere decir que las estructuras de la reproducción, de las relaciones con el mundo natural y de la política pueden considerarse como “capitalistas”, si bien no como “económicas”.

La primera virtud de este modo de concebir el capitalismo es que permite superar el esquema de base y superestructura del marxismo ortodoxo³⁹. Esta explicación remitía todo cambio social a la economía, explicándolo como el producto de las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Sin embargo, hemos visto que comprender el capitalismo como un orden social institucionalizado implicaba reconocer que la economía capitalista presuponía una cierta institucionalización de las relaciones con la naturaleza, la reproducción y la política, sus condiciones de posibilidad. Fraser entiende que la causalidad entre las diferentes esferas es bidireccional: la acumulación capitalista tiende a modificar las relaciones de, por ejemplo, la esfera de la reproducción, pero esta a su vez determina el funcionamiento de la economía. Lo mismo ocurriría en el caso de las relaciones con la naturaleza y de las instituciones políticas. Lo fundamental es que los límites entre las diferentes esferas son estructurales, y por lo tanto determinantes de sus relaciones y sus cambios. A partir de aquí, Fraser puede ofrecer una explicación de la evolución de los diferentes “regímenes de acumulación” capitalistas⁴⁰. Un régimen de acumulación es una fase concreta de la evolución del capitalismo, definida por una determinada institucionalización de cada una de las esferas, económica, política, ecológica y reproductiva, y de las relaciones entre estas. Así, Fraser distingue hasta cuatro regímenes de acumulación en la historia del capitalismo: el capitalismo mercantil de los siglos XVI al XVIII, el capitalismo liberal o de libre mercado del siglo XIX, el capitalismo gestionado por el Estado desde la posguerra mundial hasta los años 80 del siglo XX, y el actual capitalismo neoliberal. Los cambios entre los distintos regímenes de acumulación tienen como causa las tensiones y cambios en los límites entre las distintas esferas institucionales y su reconfiguración interna.

38 Fraser, N., *Los talleres ocultos...*, op. cit., pp. 26-28, y Fraser, N. y Jaeggi, R., op. cit, pp. 60-61. Al emplear este concepto, Fraser compara al capitalismo con el feudalismo. Efectivamente, si la historiografía marxista definió el feudalismo como un modo de producción (es decir, como un sistema económico), lo cierto es que se trató de un modelo de sociedad reconocible no sólo en las relaciones económicas, sino en las relaciones sociales, en la cultura y en general en todos los aspectos de la vida social. Lo mismo ocurriría con el capitalismo.

39 Fraser, N. y Jaeggi, R., op. cit, pp. 55: “Para desortodoxizar realmente la imagen, haría falta encontrar un modelo que difiera del modelo ortodoxo de base/estructura, un modelo que abandone cierto tipo de determinismo” (R. Jaeggi).

40 *Ibid*, pp. 69-126.

Al ofrecer una teoría del cambio histórico, Nancy Fraser pretende también ofrecer una base para la acción política, y en esto es profundamente marxista. Los límites entre las distintas esferas del capitalismo son también zonas de contradicción en las que pueden surgir movimientos de contestación y resistencia que expresen estas contradicciones. Las luchas ecologistas actuales son una respuesta a la depredación capitalista del medio ambiente. Los movimientos por el derecho a la vivienda y por los servicios públicos se producen allí donde la dinámica mercantilizadora del capital amenaza los procesos de socialización y reproducción social. Los populismos de uno y otro signo aparecen cuando esta misma dinámica erosiona las mismas instituciones de la democracia representativa que necesita para existir. La clásica lucha de clases no es la única forma de conflicto que expresa las contradicciones del capitalismo: todos estos conflictos que hemos señalado pueden entenderse también como manifestaciones de la tendencia estructural del capitalismo a las crisis. Estas luchas no son interiores al sistema económico, sino que aparecen en las fronteras entre este y las esferas que son sus condiciones de posibilidad, y por eso Fraser las llama “luchas en torno a los límites”:

El conflicto social en las sociedades capitalistas ha asumido repetidamente la apariencia de luchas por la naturaleza, la reproducción social y la deuda. Desde mi punto de vista, éstas se entienden mejor como *luchas en torno a los límites*, ya que se refieren a la existencia, ubicación y carácter de las fronteras que separan la economía de la política, la producción de mercancías de la reproducción social y la sociedad humana de la naturaleza no humana⁴¹.

Este término de luchas en torno a los límites es una ampliación del concepto polanyiano de autoprotección de la sociedad, a través de la interpretación estructural de las mercancías ficticias. Los límites institucionales entre las distintas esferas del orden social institucionalizado que es el capitalismo se convierten así en zonas de tensión y de lucha. Así, los movimientos en defensa de los servicios públicos, por ejemplo, serían una respuesta al proyecto de mercantilización y privatización neoliberal: expresan en el fondo una lucha por definir las fronteras entre la reproducción, la política (lo público) y la esfera de la economía capitalista.

Pero ya hemos visto que el doble movimiento de Polanyi tenía sus límites. La apuesta por la protección podía encubrir y proteger estructuras de dominación y pasar por alto los posibles efectos emancipadores de la mercantilización. Por esta razón, Fraser transforma el doble movimiento polanyiano en un triple movimiento: a la mercantilización y la protección hay que sumar otro polo, representado por los movimientos que buscan acabar con las opresiones raciales o de género, y en

41 Fraser, N., *Los talleres ocultos...*, op. cit., p. 63. La cursiva es de la autora.

general aquellas estructuras jerárquicas de dominación que no son de naturaleza estrictamente económica. En palabras de Fraser: “No situados en ninguno de los ámbitos del doble movimiento de Polanyi, ocupaban una tercera posición, oscurecida por su análisis, que yo he denominado *emancipación*”⁴². La emancipación no busca promover la mercantilización ni proteger a la sociedad frente a ella, sino que su objetivo es, como hemos dicho, eliminar las estructuras de dominación no económica existentes en la sociedad.

Lo fundamental en esta transformación del doble movimiento de Polanyi en un triple movimiento es que la inclusión de la emancipación permite salir del esquema binario de mercantilización y protección, lo que ofrece un panorama más complejo de las luchas sociales. Porque hay que tener en cuenta que ninguna lucha puede considerarse como representativa de un tipo “puro”: no hay luchas únicamente emancipadoras, únicamente mercantilizadoras ni únicamente protectoras. Así, por ejemplo, las luchas de las organizaciones obreras por el “salario familiar” a lo largo del siglo XX, cruciales para la configuración de los Estados del bienestar de la posguerra, conceptualizaron el salario digno como el salario suficiente como para que un solo trabajador pudiese mantener a su familia. Combinaban de este modo el protecciónismo social con el refuerzo de la familia nuclear como institución de sometimiento de la mujer, al mantener a esta fuera del trabajo remunerado. Del mismo modo, un proceso mercantilizador como fue la incorporación de la mujer al mercado de trabajo tuvo efectos emancipadores al erosionar la familia como estructura de dominación. El triple movimiento es, pues, un marco interpretativo más apropiado para valorar las luchas sociales y su potencial emancipatorio. Sumado al concepto de luchas contra los límites permite, además, dejar de considerar las luchas ecologistas, feministas o antirracistas como epifenómenos secundarios del capitalismo: son tan centrales como la lucha de clases⁴³.

3. Propuesta y utilidad política de Karl Polanyi

Recapitulemos. Hemos seguido a Nancy Fraser para combinar las teorías de Marx y de Polanyi hasta llegar a la caracterización del capitalismo como un orden social institucionalizado.

42 Fraser, N., *Los talleres ocultos...*, *op. cit.*, p. 65. La cursiva es de la autora.

43 Fraser, N., y Jaeggi, R., *op. cit.*, p. 77: “... este tipo marxista de conflicto [la lucha de clases] no es el único que define a la sociedad capitalista. También son endémicas las que he llamado ‘luchas de frontera’, que estallan donde están las divisiones institucionales constitutivas del capitalismo: donde la economía se encuentra con la política, donde la sociedad se encuentra con la naturaleza, y donde la producción se encuentra con la reproducción” (N. Fraser). En esta edición, *boundary struggles* es traducido como “luchas de frontera” en lugar de “luchas en torno a los límites”.

Definirlo así supone concebirlo como un orden social total que no se limita a la economía, sino también como una institucionalización de la reproducción, las relaciones con la naturaleza y la política. Estas esferas aparecieron al llevar más allá una serie de giros epistémicos que estaban implícitos en Marx, y que nos descubrían estos otros espacios que eran las condiciones de posibilidad de la acumulación capitalista. El concepto de doble movimiento de Polanyi nos permitió después entender las relaciones entre la economía capitalista y estas otras esferas: la dinámica de la acumulación presupone una determinada institucionalización de la reproducción, la ecología y la política, pero al mismo tiempo tiende a erosionarla. De este modo podíamos identificar una serie de contradicciones extraeconómicas del capitalismo, a diferencia de la contradicción intraeconómica que era la caída tendencial de la tasa de ganancia descrita por Marx. Pero también hemos ampliado el doble movimiento de Polanyi al sumar, a la dinámicas de mercantilización y protección, la emancipación, complejizando así el panorama de las luchas sociales de un modo que nos permitía caracterizarlas de un modo más adecuado.

En este último capítulo de mi trabajo pretendo analizar más a fondo la potencialidad política de los escritos de Karl Polanyi. Al hablar de potencialidad política, me refiero a la utilidad de una teoría social para guiar la acción política transformadora, que es al fin y al cabo el interés de Nancy Fraser. Este análisis se centrará especialmente en el problema del conservadurismo que Fraser veía en algunos aspectos de la obra de Polanyi.

3. 1. *Una política “postclasista”*

Nancy Fraser resume su propuesta política para el presente como la de un populismo progresista⁴⁴. En unas circunstancias en las que la clase obrera histórica ha sido desactivada como sujeto político y los mecanismos que permitían emplear el poder del Estado en favor de las clases populares se han debilitado enormemente, la idea del populismo progresista supone la articulación de alianzas amplias entre la clase trabajadora clásica⁴⁵ y otros sectores, como los trabajadores precarios del sector servicios y los trabajadores inmigrantes, y entre las distintas luchas políticas, las

44 Fraser, N., *¡Contrahegemonía ya! Por un populismo progresista que enfrente al neoliberalismo*, Buenos Aires (Argentina), 2019, “Lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer”, pp. 19-65. El referente para Fraser de un posible proyecto de populismo progresista en los Estados Unidos es Bernie Sanders. Para otros países, Fraser menciona a Podemos en España o a Syriza en Grecia.

45 Al hablar de esta clase trabajadora clásica me refiero al sujeto político privilegiado de los movimientos socialistas y comunistas de inspiración marxista. Simplificando mucho, se trata del trabajador (generalmente hombre) con una relación estable con el capital. Esta relación estable se plasmaba en el lugar de trabajo, la fábrica, y en el contrato de trabajo indefinido o similar. No en vano, los sindicatos históricos no se han mostrado capaces de organizar a los nuevos trabajadores precarios que enlazaban contratos temporales y mal pagados. Es por esto también que esta clase trabajadora clásica aparece a veces como un grupo privilegiado en comparación con estos otros.

que pueden englobarse en el concepto de lucha de clases y las luchas feministas, ecologistas, etc. Estas dos preocupaciones se pueden resumir en la búsqueda de un sujeto político y de un programa o proyecto, dos cosas de las que la izquierda actual parece encontrarse huérfana. Ya abordamos el concepto de las luchas en torno a los límites, que permitía concebir las luchas ecologistas, antirracistas y feministas como conflictos fundamentales en las sociedades capitalistas y ser la base teórica para una política de alianzas. Pero las posibilidades políticas que ofrece Polanyi son, en mi opinión, más amplias.

Hemos visto que, al describir el contramovimiento de protección de la sociedad frente al mercado, Polanyi hacía referencia a su heterogeneidad. Esta heterogeneidad era también la de sus promotores: la autoprotección de la sociedad fue impulsada por actores muy distintos. La clase obrera representaba la lucha por la protección de los vínculos sociales frente a los estragos del mercado de fuerza de trabajo libre, pero las clases terratenientes y el campesinado también formaron las filas de los defensores de la tierra frente a su mercantilización. La clase obrera, de hecho, se mostró favorable a la mercantilización de la tierra, toda vez que el libre comercio de granos abarataba los alimentos⁴⁶. Esto está, de hecho, en el origen del conflicto histórico entre la clase obrera y los intereses agrarios, caracterizados por el movimiento socialista como reaccionarios. En cualquier caso, lo que está claro aquí es que la autoprotección de la sociedad frente al mercado no fue patrimonio de una única clase o grupo social. En la explicación de Polanyi, la autoprotección, pese a que también se manifestó en formas autoritarias y generó tensiones, aparece como una suerte de defensa del bien común o el interés general de la sociedad, toda vez que el mercado amenazaba con destruirla⁴⁷.

En el capítulo XIII de *La gran transformación*⁴⁸, Polanyi desarrolla su crítica a las concepciones economicistas del interés de clase, entre las que incluye el marxismo. Los intereses de clase, dice, no se pueden reducir al interés económico, que en una sociedad de mercado se reduce al ingreso monetario. Este sería el problema del marxismo, que habría reducido la lucha de clases al conflicto entre capital y trabajo. Las motivaciones fundamentales de las clases en una sociedad son intereses sociales, en el sentido de no meramente económicos: se refieren “a la posición y el rango,

46 Para el papel de los intereses terratenientes y campesinos en la explicación de Polanyi, ver *La gran transformación*, *op. cit.*, pp. 238-251.

47 La cosa es, de todas formas, más complicada: Polanyi señala que las clases capitalistas representaban también el interés de la sociedad en tanto que el mercado autorregulado generaba una inmensa prosperidad material. Algo similar a la valoración positiva que hacía Marx de las capacidades productivas del capitalismo.

48 Polanyi, Karl, *La gran transformación*, *op. cit.*, pp. 208-221.

a la calidad y la seguridad”⁴⁹. Así, si nos fijamos en el giro proteccionista de finales del XIX, vemos que gran parte de las medidas adoptadas, promovidas por una u otra clase, no tenían nada que ver con intereses económicos: las medidas contra la contaminación de las ciudades o de salubridad de las viviendas obreras, por ejemplo, son fundamentales para la existencia de la sociedad pero no se pueden reducir a la economía. Estas y otras medidas apuntaban a “la posición profesional, la seguridad y tranquilidad, la forma de vida de un hombre [...], la estabilidad de su ambiente”⁵⁰.

Se podría decir que Marx ofrece los elementos para una comprensión más compleja de las clases y del interés de clase, y es verdad. Sin embargo, también es cierto que en el marxismo este tiende a identificarse con el interés económico: el problema del trabajo, por ejemplo, queda reducido al de la plusvalía y la explotación. Y aquí está, creo, la crítica fundamental de Polanyi: la reducción de los intereses de clase a lo económico convierte los intereses de las distintas clases en antagónicos. Al apuntar hacia una comprensión más amplia del interés de clase como interés social, Polanyi ofrecería las bases para considerar cómo distintas clases sociales pueden coincidir en torno a objetivos más generales, “sociales”. Todos pueden estar interesados en la salubridad e higiene de las ciudades y en la preservación del medio en general. Podría objetarse, por otra parte, que esta perspectiva es ingenua. Sin embargo, si volvemos a nuestra explicación del capitalismo como un orden social institucionalizado, encontramos que la economía, como las otras esferas que estructuran las sociedades capitalista, funciona institucionalizando determinadas normas, comportamientos y acciones. La cuestión es que la economía capitalista se organiza en torno al interés individual como motivación: precisamente, este interés individual está detrás de la reducción del interés de clase al interés económico. Pero la motivación del interés individual es legítima sólo en determinados marcos institucionales. Está, pues, sujeta a cambio: la perspectiva polanyiana apuntaría precisamente al cambio en las instituciones que organizan nuestra vida social y económica y orientan nuestras acciones.

En cualquier caso, esta forma de concebir el interés de clase en Polanyi podría ser el marco analítico de una estrategia política populista que busque sumar a diferentes actores sociales en un proyecto de transformación. Los movimientos populistas surgidos de la ola de movilizaciones de la segunda década de los 2000 buscaron, en efecto, conceptos aglutinadores que podrían considerarse como sujetos representativos del interés general, desde el “pueblo” hasta el “99%”⁵¹. Polanyi

49 Polanyi, K., *La gran transformación*, op. cit., p. 211.

50 *Ibid*, p. 211.

51 Aquí quedaría otro problema sobre el que por lo demás no nos extenderemos, al no ser el objeto del presente trabajo. Se trata de la necesidad de todo populismo de señalar a un “enemigo” (la “casta”, el “establishment”, el “1%”) opuesto al “pueblo”. Esta es una característica central de todo populismo, en tanto que es un componente

ofreció la noción de autoprotección social, que puede englobar algunas de las reivindicaciones de estos movimientos. Hemos visto cómo Nancy Fraser trataba, sin embargo, de salir del esquema binario de mercantilización y protección, añadiendo una tercera dimensión, la de la emancipación social. Todo proyecto populista debe considerar estas tres vertientes de la dinámica social. Pero esto nos trae de nuevo el problema del conservadurismo en Polanyi, y para discutir esto vamos a tratar de caracterizar la que sería su propuesta política.

3. 2. *Polanyi y el socialismo*

En *La Gran Transformación*, Polanyi define el socialismo de la siguiente manera:

El socialismo es esencialmente la tendencia inherente en una civilización industrial a trascender el mercado autorregulado subordinándolo conscientemente a una sociedad democrática. Es una solución natural para los trabajadores industriales que no ven ninguna razón para que la producción no sea regulada directamente y para que los mercados no sean más que un aspecto útil pero subordinado de una sociedad libre⁵².

Se trata de una definición fundamental para entender la propuesta política de Polanyi. El socialismo es, nos dice, la subordinación del mercado autorregulado a los intereses de una sociedad democrática, lo que quiere decir el control democrático de los mecanismos de mercado. Recordemos que el mercado autorregulado suponía la separación institucional de la economía del resto de las funciones de la sociedad, y que esta separación implicaba a su vez la subordinación de la sociedad al mercado. Someter los mercados al control democrático de la sociedad supone emprender el camino contrario: eliminar la autorregulación de los mercados y la separación entre economía y política consustancial a tal autorregulación. El socialismo implica, por lo tanto, acabar con el mercado autorregulado: en una sociedad socialista, los mercados serían un elemento más de la economía, pero no la institución central que estructura el sistema económico.

De esta definición y de la tesis polanyiana sobre la relación entre el mercado autorregulado y las mercancías ficticias, podemos extraer la conclusión de que la propuesta política de Polanyi pasaría, como mínimo, por la desmercantilización del trabajo, la tierra y el dinero. Estos eran precisamente los elementos cuya conversión en mercancías subordinaba la sociedad al mercado. Su desmercantilización supondría por ello acabar con el mercado autorregulado, al apartar de la

indispensable para aglutinar distintos intereses y grupos sociales en un proyecto común, y podría chocar a la larga con la noción de interés general o bien común.

52 Polanyi, K., *La gran transformación*, op. cit., p. 294.

influencia de los mercados los principales factores de la producción. Sin embargo, no podemos ir mucho más allá⁵³. En *La gran transformación* no hay una propuesta política como tal. Además, es cierto que, como dice Nancy Fraser, su apuesta por la protección frente a la mercantilización puede encubrir estructuras de dominación en las instituciones sociales que busca proteger del mercado. Podría parecer entonces que la propuesta de Polanyi es meramente reactiva, de defensa frente a la mercantilización más que de modificación profunda de las relaciones económicas y de las instituciones sociales que están en su origen. La defensa de las instituciones sociales puede, en efecto, pasar por ser una propuesta conservadora. Sin embargo, las cosas no son tan simples. Para César Rendueles, “toda la obra de Polanyi está vertebrada por una voluntad constructiva que se inserta de lleno en la tradición emancipatoria ilustrada y carece de cualquier tipo de nostalgia reaccionaria”⁵⁴. Es verdad que Nancy Fraser no considera a Polanyi un reaccionario: lo que dice es que ciertas limitaciones de su crítica del libre mercado son susceptibles de una lectura reaccionaria o conservadora, sobre todo su caracterización del doble movimiento. Pero esto es en parte cierto y en parte falso. Considero que esta conclusión de Fraser se debe a una lectura de la obra Polanyi centrada únicamente en *La gran transformación* y no en otros trabajos. Por ello, y para ampliar nuestra perspectiva, consideraré los textos de Polanyi anteriores y posteriores a la publicación de su obra más conocida.

La gran transformación fue la culminación de un proyecto que Polanyi había iniciado en los años 20⁵⁵. Polanyi participó en los debates sobre los límites del mercado y la planificación económica, enfrentándose a las tesis de liberales neoclásicos como Ludwig von Mises. En un texto de 1925, “Nuevas consideraciones sobre nuestra teoría y nuestra práctica”⁵⁶, Polanyi reflexiona sobre la posibilidad de una economía planificada. El problema fundamental de la sociedad de mercado, sostiene, es que nos priva de una visión de conjunto de la economía, de la posibilidad de abordar la economía como un todo, al reducirla a un conjunto de intercambios entre particulares sobre los que no es posible intervenir. No hay, por lo tanto, posibilidad de asignación racional de los

53 Aunque esto no es poco: si seguimos la propuesta de Fraser y aceptamos su combinación de las teorías de Marx y Polanyi, acabar con el mercado autorregulado supondría acabar con el capitalismo, en tanto que los mercados autorregulados son un elemento fundamental de las economías capitalistas, además del mecanismo que somete a la sociedad a las exigencias del sistema económico.

54 Rendueles, C., “Karl Polanyi y la apuesta por la institucionalización”, en *Revista de Economía Crítica*, n.º 20 (segundo semestre 2015), pp. 182-191; p. 183.

55 *Ibid.*, pp. 183-185. Así, por ejemplo, en un texto de 1932, “Economía y democracia” (en Polanyi, K., *Los límites del mercado*, *op. cit.*, pp. 53-57), Polanyi analiza la situación política y económica de comienzos de los años treinta, señalando la separación y el enfrentamiento entre las funciones económica y política de la sociedad, representadas por la derecha y la izquierda. Esta separación, como ya vimos al principio del presente trabajo, tiene un lugar central en la explicación de la crisis fascista en *La gran transformación*. Es posible rastrear la presencia de otras tesis de esta obra en trabajos anteriores de Polanyi.

56 En *Los límites del mercado*, *op. cit.*, pp. 25-34.

recursos según las necesidades de las personas y de la producción entendidas globalmente. Pues bien, para Polanyi, la cuestión de la planificación de la economía está ligada a la democracia: las instituciones de la planificación son los partidos, los sindicatos, las fábricas e incluso asociaciones como las cooperativas de consumidores. Si la planificación necesita de alguna instancia central de organización, el carácter democrático de estas instituciones es fundamental para que la información relativa a las necesidades de consumidores, productores, del proceso de producción o de otro tipo pueda llegar a los planificadores, que de este modo pueden elaborar una visión de la economía como un todo. Así, la democracia en Polanyi es un fin en sí mismo, pero también tiene una función central en cualquier propuesta de planificación económica: permite, de hecho, superar las limitaciones del mercado autorregulado.

Con lo que hemos visto, podríamos decir que las ideas políticas de Polanyi pueden coincidir con las propuestas actuales de democratización de la economía. Estas propuestas pueden ir desde el socialismo de mercado (o socialismo con mercados, siempre que estos no incluyan el trabajo, la tierra o el dinero) hasta la planificación económica. La cuestión central es la extensión de la democracia a la economía: la democracia es fundamental para que cualquier instancia planificadora o de decisión política tenga la información necesaria para tomar decisiones económicas. En cualquier caso, en esta propuesta no hay alusión alguna a las instituciones tradicionales como la familia, aquellas que, como Fraser indicó, podían, en su papel de protección de la sociedad, encubrir mecanismos de opresión. Lo fundamental es el control democrático de la economía. No hay rastro alguno de nostalgia de antiguos modos de organización social. El problema de asignar la protección de la sociedad a las instituciones tradicionales no es sólo su carácter de estructuras de dominación, sino el hecho de que esto reduciría las posibilidades de la acción política a su refuerzo frente a la mercantilización, sin acabar con la mercantilización misma. Pero Polanyi, al definir el socialismo, hablaba de “trascender” el mercado autorregulado, es decir, de su superación. Como hemos visto, la democratización de la economía implica nada menos que la eliminación del mercado autorregulado.

Es verdad, no obstante, que Polanyi no habla de las estructuras de opresión basadas en el género, la raza o la sexualidad. Tampoco deja de ser cierto que la definición del doble movimiento ofrecida en *La gran transformación* puede dar lugar a una lectura política conservadora. Sin embargo, creo que la intención de Polanyi en este punto era otra: lo que hay detrás de su visión del doble movimiento era una idea general del cambio histórico y de lo que son las sociedades humanas.

3. 3. El cambio histórico

“Nuestra obsoleta mentalidad de mercado” es un texto de 1947 en el que Polanyi desarrolla las tesis de *La gran transformación*⁵⁷. En cierto momento, Polanyi se detiene en la institución de la familia, en el marco de la reflexión sobre el papel de los impulsos del sexo y el hambre como motivaciones para la acción social⁵⁸. La familia, dice, es una cierta institucionalización de la actividad sexual. Sin embargo, no puede centrarse en el instinto sexual, “con sus irregularidades y excentricidades”, y que “en sí mismo nunca producirá nada mejor que un burdel”. Efectivamente, aquí Polanyi es conservador. No obstante, creo que afirmaciones como esta pueden ser consideradas como opiniones concretas del autor que pueden ser obviadas sin afectar a su propuesta general.

Volvamos a *La gran transformación*. El capítulo tercero de la obra se titula “Habitación contra mejoramiento”⁵⁹. Habitación y mejoramiento son dos conceptos con los que Polanyi trata de explicar la Revolución Industrial inglesa y el proceso previo de cercamientos que extendió la propiedad privada de la tierra preparando así su inclusión en un sistema de mercado. Por habitación, Polanyi se refiere a la calidad de vida de la gente, entendida en un sentido global y no sólo referida a ingresos sino también a estabilidad, hábitat y entorno social. El mejoramiento es simplemente el desarrollo económico. La Revolución Industrial fue un proceso en el que un imparable mejoramiento económico engulló las necesidades de habitación de las clases populares: “En el centro de la Revolución Industrial del siglo XVIII se encontraba un mejoramiento casi milagroso de los instrumentos de producción, acompañado de una dislocación catastrófica de la vida de la gente común”⁶⁰. El liberalismo, animado por una fe mesiánica en el desarrollo económico, estuvo (y está) dispuesto a asumir sus consecuencias fueran cuales fueren. Y, efectivamente, desde el punto de vista meramente económico, la Revolución Industrial fue un proceso de progreso sin parangón en la historia, de un enorme incremento de las capacidades de producción y de la riqueza de las sociedades. No obstante, tal proceso fue acompañado por nuevas formas de pauperismo, por una degradación terrible de la vida de las poblaciones trabajadoras que no se limitaba a la pobreza, sino que involucraba la destrucción de sus modos de vida.

Lo que está diciendo Polanyi con esto es que el liberalismo económico no entiende el problema del cambio histórico. Los seres humanos viven en determinados marcos de socialización,

57 En Polanyi, K., *Los límites del mercado*, op. cit., pp. 325-341.

58 *Ibid.*, p. 336-337.

59 Polanyi, K., *La gran transformación*, op. cit., pp. 81-90.

60 *Ibid.*, p. 81.

con instituciones y sistemas de valores asociados. El liberalismo (que, recordemos, es definido por Polanyi como una utopía, no en el sentido positivo de la palabra sino como una propuesta social irrealizable) considera que los seres humanos son capaces de soportar cambios radicales y súbitos en estos modos de vida y adaptarse a ellos. El problema es que el desarrollo económico ilimitado y descontrolado del mercado autorregulado puede destruir los marcos institucionales existentes sin sustituirlos por otros. Y las necesidades del ser humano no pueden reducirse a las necesidades económicas. La destrucción de modos de vida no puede compensarse con mercancías. Polanyi, por ejemplo, describe la colonización como algo que fue más allá de la simple explotación económica: fue también un proceso de destrucción de formas de vida y organizaciones sociales para, del mismo modo de lo ocurrido en Inglaterra, mercantilizar los elementos de la producción (y fundamentalmente el trabajo y la tierra) e insertarlos en el mecanismo de mercado. Las consecuencias de la colonización no fueron únicamente económicas, sino sociales en el más amplio sentido del término⁶¹. Esto, por otra parte, nos permite entender mejor las críticas de Polanyi a la concepción economicista de los intereses de clase que expusimos más arriba.

Esta explicación es también similar a la interpretación del capitalismo como orden social institucionalizado que proponía Nancy Fraser: las esferas extraeconómicas de la reproducción social, la naturaleza y la política son precisamente esos marcos institucionales de los que habla Polanyi. La cuestión es que el valor de esos marcos institucionales, al margen de su contenido, es el de la estabilidad de los modos de vida de las sociedades y los individuos. Esa estabilidad es una necesidad humana. Lo que Polanyi hace es criticar la ingenuidad utópica del liberalismo a la hora de creer que esos marcos podían ser destruidos y sustituidos por relaciones contractuales sin consecuencias. El problema que señala Fraser es real: estos marcos institucionales pueden encubrir relaciones de dominación, y Polanyi no se detiene en esto. Sin embargo, en su lugar señala dos cosas: en primer lugar, que estas instituciones representan un ritmo de cambio histórico más lento que el del desarrollo económico. En segundo lugar, que este es precisamente el motivo por el que pueden constituir un refugio ante el avance depredador de los mercados. Es evidente que la familia, por ejemplo, contiene elementos que la convierten en una institución que reproduce roles de dominación basados en el género. También es cierto, no obstante, que está sujeta a cambios (pensemos en los matrimonios homosexuales o en las familias monoparentales) y que, en momentos de crisis (como la crisis de 2007-2008), ha sido un colchón de apoyo para sus integrantes en tiempos de precarización general de las condiciones de vida.

61 Polanyi, K., *La gran transformación*, op. cit., 214-219.

Estas consideraciones no son incompatibles con la noción del triple movimiento (mercantilización, protección y emancipación) de Nancy Fraser, sino que pueden enriquecerla. Pero hay más. Como vimos, Fraser señaló que Polanyi no supo ver los posibles efectos emancipadores de la mercantilización. Esto también es cuestionable. En otra parte de “Nuestra obsoleta mentalidad de mercado”, texto que antes comentábamos, Polanyi señala las consecuencias del colapso de la economía de mercado⁶². Este colapso ponía en peligro una serie de libertades asociadas a tal economía. Algunas de ellas no merecían ser preservadas: Polanyi menciona “la libertad para explotar al prójimo; la libertad para obtener ganancias desorbitadas sin un servicio proporcional a la comunidad”⁶³, entre otras. Pero también nos dice que hubo otras libertades cuyo desarrollo fue propiciado por el mercado autorregulado y que tienen un valor por sí mismas, como “la libertad de conciencia, la libertad de expresión, la libertad de reunión, la libertad de asociación, la libertad de elección de empleo”⁶⁴. Es decir, que Polanyi sí que era consciente de los efectos emancipadores de los mercados. La cuestión para él era cómo conservar estas libertades aboliendo el mercado autorregulado. Porque si volvemos sobre la propuesta política de Polanyi, que puede resumirse en el socialismo como democratización de la economía, este es compatible con muy distintas formas de institucionalización de otros aspectos de la vida social. De nuevo: es cierto que Polanyi no abordó como tales las estructuras de dominación ni la existencia de movimientos emancipadores. Lo que decimos es que el marco interpretativo que ofreció y su crítica a la sociedad de mercado permiten hacerlo.

Como dije, creo que las conclusiones de Nancy Fraser se basan en una lectura centrada en *La gran transformación*, y no en otros textos. Sin embargo, considero que puede haber otro factor más en juego. Nancy Fraser es marxista. En general, la tradición marxista ha sido profundamente historicista, y ha desconfiado de toda consideración referida a la idea de una naturaleza humana, al tiempo que ha considerado al ser humano como poseedor de una gran plasticidad social, en el sentido de los modos posibles de organización que podían adoptar las sociedades. Por esta razón, un marxista puede desconfiar de sentencias como esta de *La gran transformación*: “... si hay una conclusión que destaque más que cualquiera otra en el estudio reciente de las sociedades primitivas, tal es la inmutabilidad del hombre como un ser social”⁶⁵. Fraser consideró la que llamó la

62 Recordemos que este texto fue escrito en 1947, en plena posguerra mundial. Tras los desastres de las crisis económicas y de las guerras, existía un consenso generalizado sobre la necesidad de controlar los mecanismos de mercado para limitar sus efectos destructores. Este consenso fue el que animó el *New Deal* en Estados Unidos y las políticas socialdemócratas en Europa. Es por esto que Polanyi habla del colapso de la economía de mercado: nuestro autor murió en 1964, antes de poder ver los primeros signos de la contraofensiva neoliberal.

63 Polanyi, K., *Los límites del mercado*, op. cit., p. 339.

64 *Ibid.*, p. 339

65 Polanyi, K., *La gran transformación*, op. cit., p. 94.

interpretación ontológica de las mercancías ficticias como “esencialista, ahistórica e insensible a la dominación”. Hemos visto que Polanyi no era tan insensible a la dominación como parecía. Veremos ahora lo relativo al esencialismo y ahistoricismo.

3. 4. La unidad de la sociedad

Después de *La gran transformación*, Polanyi se dedicó al estudio de las economías precapitalistas. Su objetivo era el desarrollo de un concepto de economía que permitiese el estudio de sociedades anteriores a las actuales sociedades de mercado. Esta investigación constituía, de nuevo, una labor de crítica de la ideología liberal, que convertía los mercados en la expresión de una naturaleza humana predisposta al intercambio. Aplicada a la historia, esta antropología identificaba como sociedades de mercado realidades sociales pasadas muy diferentes a nuestros actuales mercados autorregulados⁶⁶. En su texto “La tendencia hacia una sociedad integrada”⁶⁷, Polanyi habla de la “unidad original de la sociedad”: esta idea de unidad original podría hacernos pensar de nuevo en las nostalgias reaccionarias que venimos discutiendo, pero se refiere a la unidad institucional de las sociedades anteriores a la Revolución Industrial. La sociedad de mercado ha constituido la economía y la sociedad como esferas institucionales separadas, con las consecuencias que ya hemos visto. Sin embargo, en las sociedades precapitalistas no existía tal separación: la economía era regida por instituciones que no eran exclusivamente económicas, desde el feudo medieval, pasando por la jefatura de las sociedades tribales y el templo y el palacio en las sociedades del Próximo Oriente Antiguo, por poner únicamente algunos ejemplos. Por esta razón, el mercado autorregulado es una anomalía histórica.

Planteados estos términos, la propuesta socialista de Polanyi se puede caracterizar como un proyecto que recupere la unidad institucional de la sociedad, superando la separación entre economía y política e integrando la economía en mecanismos institucionales más amplios. En palabras de César Rendueles, podemos definir una institución como un “mecanismo social que normaliza las interacciones de los individuos con alguna finalidad” o un “conjunto de normas que constituyen un órgano intermedio” entre el individuo y la sociedad⁶⁸. La clave está en que las instituciones implican cierta inercia y continuidad social, y el problema del mercado autorregulado

66 El texto en el que Polanyi resume los elementos básicos de esta investigación es “La economía como actividad institucionalizada”, en Polanyi, K., *Los límites del mercado*, op. cit., pp. 187-214. Una de las obras fundamentales en las que recogió sus resultados en el estudio de economías pasadas es *El sustento del hombre* (Madrid, Capitán Swing, 2009).

67 En Polanyi, K., *Los límites del mercado*, op. cit., pp. 319-323.

68 Rendueles, C., *En bruto*, op. cit., p. 87.

es que sus exigencias de mercantilización tienden a diluir las instituciones sociales. Aquí, por otra parte, no está de más señalar que es posible considerar esta tesis como otra forma de explicar la invasión de las esferas reproductiva, ecológica y política por la economía capitalista tal y como era descrita por Nancy Fraser.

Polanyi extendió el análisis institucional a su estudio de las economías del pasado. Lo fundamental aquí es que era perfectamente consciente de la variedad de instituciones en las que puede insertarse el sistema económico en la sociedad. Por lo tanto, no creo que la acusación de ahistoricismo que dirige Nancy Fraser contra la explicación de las mercancías ficticias sea justa. Tal y como aparece en *La gran transformación*, la definición de mercancía que da Polanyi es simplemente funcional para su explicación: lo que pretende es mostrar que ni la tierra, ni el trabajo ni el dinero son mercancías. Es perfectamente consciente de que el ser humano puede organizar su relación con estos tres elementos en instituciones muy distintas. Podemos considerarla una definición limitada, y es cierto que la ampliación de Fraser, la explicación estructural, permite desarrollar una teoría general del capitalismo con una gran potencialidad política. Pero esto no quiere decir que Polanyi no fuese consciente de esta dimensión histórica de las mercancías ficticias. Su explicación de estas es funcional, de hecho, porque su análisis pretende ser lo más empírico e histórico posible. Desde este punto de vista, podríamos considerar que en *La gran transformación* hay poca abstracción y poca teorización: el objetivo de Polanyi no era tanto una teoría general del mercado autorregulado sino una explicación histórica que mostrase su origen y su incompatibilidad con ciertos postulados antropológicos.

Llegamos así a la cuestión del ahistoricismo en Polanyi, y con ella acabaremos. Porque en su obra, creo, sí que hay una antropología compatible con una cierta idea de naturaleza humana, y que puede chocar con el historicismo de la tradición marxista. Polanyi, de todos modos, no presenta una antropología positiva, en el sentido de una serie de predicados sobre lo que el ser humano es y que constituyan una esencia. Pero sí ofrece una serie de ideas sobre lo que son las sociedades humanas. Por ejemplo, considera que ninguna sociedad puede sobrevivir institucionalizando la separación de una de sus funciones, como hacen los mercados autorregulados con la economía. En su crítica a la noción del cambio histórico del liberalismo subyacen ciertas ideas sobre las necesidades de estabilidad y seguridad del ser humano, necesidades que los mercados amenazarían. Polanyi no extrae estas ideas de ninguna antropología filosófica o teoría general del ser humano, sino de la antropología histórica de su época (con autores como Thurnwald y Malinowski) y de sus propias investigaciones: de nuevo, es empírico. Para César Rendueles, el objetivo político de Polanyi se

basaba en una combinación de “cierto conservadurismo antropológico con los ideales ilustrados de autonomía individual y emancipación política y el reconocimiento de la complejidad social y cultural características de la modernidad”⁶⁹. Este conservadurismo no supone una nostalgia por las sociedades del pasado. Tampoco un rechazo del cambio: al contrario, su “apuesta por la institucionalización”, como la llama Rendueles, es una aceptación de ese cambio y un intento de someterlo a la deliberación y al control democráticos, con la conciencia de que las transformaciones radicales, como la gran transformación que da su nombre a su obra más conocida, son demasiado destructivas como para que sus consecuencias merezcan la pena. Este sería el espíritu de la propuesta política de Polanyi.

Conclusiones

Para concluir el presente trabajo, considero necesaria una valoración en tres niveles. En primer lugar, nos interesa la utilidad de la propuesta teórica de Nancy Fraser, teniendo en cuenta que su objetivo es el de desarrollar una teoría crítica general del capitalismo que nos permita entender nuestro presente y actuar sobre él. En segundo lugar, habrá que considerar la lectura que hace Fraser de la obra de Polanyi para desarrollar esta teoría. Por último, aunque ya lo hemos hecho en parte en el apartado anterior, concluiremos con una valoración del propio Polanyi, al margen de la lectura de Nancy Fraser.

El marco teórico ofrecido por Fraser puede considerarse como monista⁷⁰, en el sentido de que trata de convertir el término “capitalismo” en un concepto que comprenda las distintas esferas institucionales (económica, social, ecológica y política) de nuestras sociedades actuales y permita explicarlas. La idea del capitalismo como un orden social institucionalizado permite evitar caer en el reduccionismo economicista que a menudo implica el término: el capitalismo no es sólo un sistema económico, sino que articula distintos espacios con instituciones y normativas diferentes, separadas pero interrelacionadas y que pueden chocar. Esto es, además, un principio interpretativo de las crisis del capitalismo, definidas como tensiones o choques entre diferentes esferas normativas, y sobre todo producto de la invasión de la esfera económica sobre las otras. Y, por último, este marco interpretativo permite además considerar un amplio abanico de luchas sociales

69 Rendueles, C., “Karl Polanyi y la apuesta...”, *op. cit.*, p. 187.

70 Ver Fraser, N. y Jaeggi, R., *op. cit.*, pp. 59-60, donde Fraser y Jaeggi discuten sobre la necesidad de una explicación monista en contraposición con la dualidad de conceptos habermasiana de sistema y mundo de la vida.

como producto de estas crisis. Por otra parte, hay que añadir la noción de triple movimiento: mercantilización, protección y emancipación son conceptos que pueden iluminar las potencialidades políticas de los diferentes tipos de conflicto en las sociedades capitalistas.

La voluntad de explicación total de Fraser está en línea con la tradición marxista, y esta tradición siempre ha tratado de orientar políticamente toda investigación teórica. Porque el problema del economicismo no es únicamente teórico, sino práctico: se trata, como dijimos, de valorar el potencial transformador de luchas tradicionalmente despreciadas por una teoría y praxis políticas que ha centrado su atención en lo meramente económico. En este sentido, las nociones de luchas en torno a los límites y de triple movimiento son muy potentes interpretativa y políticamente. Creo que actualmente existen dos tendencias peligrosas en la izquierda no institucional: el primero es el que podríamos llamar ultraobrerismo, el repliegue a posicionamientos propios del pasado que apelan a un proletariado militante y a una clase obrera que ya no ocupa la posición central en el mundo del trabajo en nuestras sociedades. El segundo podríamos llamarlo ultraidentitarismo, otro repliegue, pero esta vez en torno a las luchas de identidad (de género, sexual, etc.), y que supone el abandono o relegación de las reivindicaciones de justicia material. Ambos posicionamientos son, en mi opinión, erróneos. El concepto de luchas en torno a los límites nos permite incorporar a las luchas anticapitalistas toda una serie de conflictos que no tienen necesariamente al mundo del trabajo en su centro y que tradicionalmente han sido despreciados por la izquierda obrerista, como las luchas feminista, antirracista y ecologista. El triple movimiento, por otra parte, nos ofrece tres criterios, mercantilización, protección y emancipación, para valorar la complejidad y el potencial transformador de tales luchas. Teniendo en cuenta que el objetivo de Fraser es en última instancia político, se trata de desarrollar una teoría que nos capacite para tejer alianzas entre movimientos y luchas distintas, remitiendo estas a su denominador común: que todas tienen su origen en las contradicciones fundamentales del capitalismo, sean estas económicas o no.

Nos queda por comentar la lectura de Polanyi en la que Fraser basa su teoría. Como dijimos, su núcleo es la interpretación estructural de las mercancías ficticias. Ya hemos comentado las limitaciones de la crítica de Fraser a Polanyi: consideramos que estas se encuentran, fundamentalmente, en que la lectura de esta se centra exclusivamente en *La gran transformación*, descuidando otros trabajos del autor. Pero la noción de triple movimiento sí que supone una ampliación del marco interpretativo de Polanyi. Es cierto que este no se ocupa de todo un espectro de luchas que son las que Fraser incorpora a su teoría. Y, retomando la idea que comentábamos antes, el triple movimiento permite valorar la complejidad de las luchas sociales de un modo mucho

más adecuado que el binomio de mercantilización–protección. La complejidad fundamental que aporta el triple movimiento es la siguiente: mercantilización y protección se oponen, mientras que la emancipación no es, *a priori*, ni afín ni contraria a ninguna de ellas. Esto nos permite valorar de un modo mucho más preciso el potencial transformador de las luchas sociales, pues podemos encontrarnos con que una lucha de carácter proteccionista encubre estructuras de dominación, o que un movimiento por la emancipación también fomenta la mercantilización. La autoprotección de Polanyi era un concepto demasiado amplio que no permitía hacer estas distinciones, indispensables para toda práctica política transformadora.

Sin embargo, también dijimos que, a la luz de otras lecturas aparte de *La gran transformación*, Polanyi ofrecía también elementos que permitían valorar estos aspectos. En otras palabras, que Polanyi no se ocupó de teorizar sobre aspectos como la emancipación de las mujeres o la lucha antirracista, pero que su perspectiva es compatible con ellas. Sobre todo, consideramos que las acusaciones de esencialismo, ahistoricismo e insensibilidad a la dominación no son válidas, o que como mínimo se tendrían que matizar mucho. Por otra parte, hemos tratado también de señalar el valor de la obra de Polanyi por sí misma, aparte de la interpretación de Nancy Fraser. La interpretación estructural de las mercancías ficticias de esta última es una historización de un concepto polanyiano que abre muchas posibilidades, pero también vimos que en Polanyi ya hay una historización de estos elementos, sobre todo en sus obras posteriores a *La gran transformación*, centrada fundamentalmente en el concepto de institución. También son útiles sus ideas y propuestas políticas, de las que hemos señalado algunos aspectos. Si queremos pensar cómo podríamos democratizar la economía, Polanyi es una referencia indispensable, y lo es sobre todo por su idea de la unidad institucional de la sociedad: Polanyi nos advierte sobre el peligro de dividir las distintas funciones sociales en mecanismos autónomos. La separación de funciones es un elemento consustancial a nuestras sociedades, pero el problema es pretender separar una de ellas del resto: en el caso del mercado autorregulado, la separación institucional (la autonomía) de la economía conlleva el sometimiento de la sociedad a los mecanismos económicos. En la obra de Polanyi, esto es una crítica del libre mercado, pero podría serlo también de las ideas de planificación total de la economía. Estas ideas, o al menos su plasmación real en los antiguos países socialistas, ¿acaso no podrían considerarse como la conversión de la política, convertida en instancia rectora de la economía y la sociedad, en una instancia autónoma, como son los mercados en el capitalismo? Se trata de una línea de investigación presente en la obra de Polanyi que podría enriquecer los debates actuales de la izquierda.

Bibliografía

- Bellamy Foster, John, “Marx’s Theory of Metabolic Rift: Classical Foundations for Environmental Sociology”, en *American Journal of Sociology*, vol. 5, n.º 2 (sept. 1999), pp. 366-405.
- Fraser, Nancy, *¡Contrahegemonía ya! Por un populismo progresista que enfrente al neoliberalismo*, Buenos Aires (Argentina), 2019.
 - *Iustitia Interrupta: Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*, Santa Fé de Bogotá (Colombia), Siglo de Hombres Editores, 1997.
 - *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020.
- Fraser, Nancy, y Jaeggi, Rahel, *Capitalismo. Una conversación desde la Teoría Crítica*, Madrid, Ediciones Morata, 2018.
- Marx, Karl, *El Capital*, Madrid, Akal, 2007.
- Polanyi, Karl, *El sustento del hombre*, Madrid, Capitán Swing, 2009.
 - *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
 - *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*, Madrid, Capitan Swing, 2014.
- Rendueles, César, *En bruto. Una reivindicación del materialismo histórico*, Madrid, Los libros de la catarata, 2016.
 - “Karl Polanyi y la apuesta por la institucionalización”, en *Revista de Economía Crítica*, n.º 20 (segundo semestre 2015), pp. 182-191.